

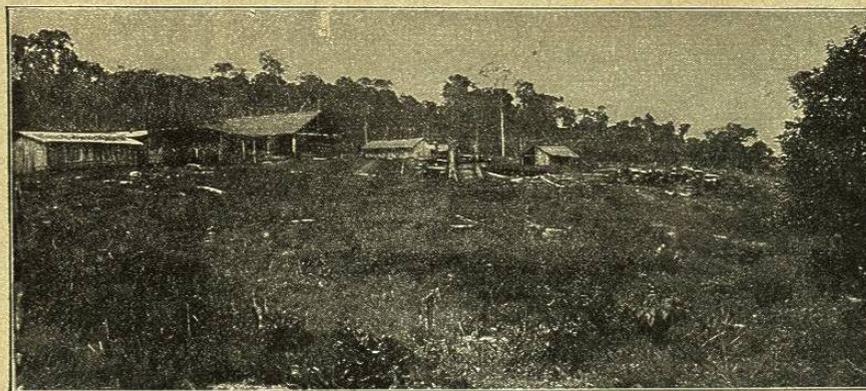
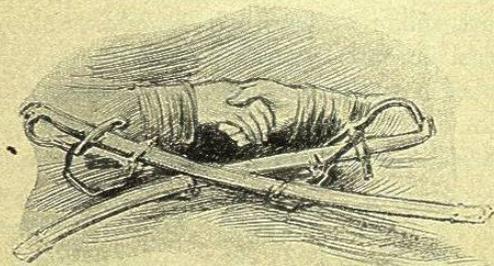
él, conducida al linde del precipicio por las luchas y rivalidades de *tantos patriotas* que perdían la patria por su ambición.

Después de algunos años, San Martín agregaba: «Para reemplazar al general en jefe del ejército, yo me decido por Belgrano. Este es el más metódico de los que conozco en América: lleno de integridad y talento natural, no tendrá el talento de un Moreau ó de un Bonaparte en punto á milicia, pero créanme que es lo mejor que tenemos en la América del Sur.»

En 1817, vuelto Belgrano á Tucumán, levantó la pirámide que aún existe en la antigua ciudadela, no á la gloria de sí mismo, como se criticó, sino en conmemoración de la de Chacabuco, que reputaba la más grande victoria.

«Desde el día del histórico abrazo en Yatasto—agrega el ilustre biógrafo de ambos, general Mitre,—estos dos grandes hombres que habían simpatizado sin conocerse, que se habían prometido amistad al verse por primera vez, se profesaron una eterna y mutua admiración. Belgrano murió creyendo que San Martín era el genio tutelar de la América del Sur. San Martín, en todos los tiempos y hasta en sus últimos días, honró la memoria de su ilustre amigo como una de las glorias más puras del nuevo mundo.»

Finalizamos la visita á *La Casa del Encuentro* con opinión tan autorizada sobre el benéfico resultado del célebre abrazo que estrechó dos grandes hombres bajo su techo.



HISTORIA QUE PARECE CUENTO

I

Llamábanle *el perezoso* los más buenos vecinos; peores motes colgábanle los demás.

De Irlanda vino, entre tantos otros pastores jóvenes, robusto, rubio, ágil, bueno y sano; pero desde sus primeros días de inmigrante, agasajado con la sencillez de nuestras paisanas, él creía que más le aceptaban por su bella presencia que por nuestras bondadosas costumbres, y por ende todo el campo se le hizo orégano.

Con un su primo de Dublín llegaron á pie y con la pala al hombro. El uno halló pronta colocación de zanjeador, y en nuestra tan desamparada y abierta campaña, á poco andar, el patrón le ofreció un peso papel por cada árbol que plantara. La cuadra de tierra valía entonces sólo el valor de un fósforo de cera.

El tío Williams trabajó, zanjeó y plantó tanto, que á los pocos años, al ajuste de cuentas con su patrón, toda la estancia, puestos y corrales, animales y tierra, no alcanzaban á pagar á razón de un peso papel de la antigua moneda por arbolito prendido, del alto de un hombre.

Su padre estaba en Australia, le había dado noticias del asombroso crecimiento y fácil plantación de eucaliptus, árbol recién introducido. El Gobierno ofrecía cien mil pesos á quien presentara plantación de cien mil

eucaliptus, pues cuentos nos venían del país de Gales de que hasta para atraer lluvia servía su monte.

Williams, en lugar de formar bosques, los plantó en línea, haciendo de una vía dos mandados, redundando triple ganancia, la de cercar sus campos, obtener la prima y quedarse con la estancia por el importe de los árboles plantados.

¡Negocio redondo en tres años! ¿En qué parte del mundo se puede repetir esto?

Pero todavía su primo había hecho fortuna más rápida. Un mes haría que estaba *comiendo de arriba* en la estancia donde hizo su primer parada.

¿Qué hacía? Esperaba trabajo. Él ha de venir; ¿á qué salir á buscarle?

Por fin, cansado de descansar, fué á recoger huesos. El patrón le prestó el carrito. Quien se muere no es de nadie; los campos abiertos inmenso osario eran de huesos que blanqueaban la costa de arroyos y lagunas. Los acarrea al pueblo vecino, pareciéndole que pagaban poco, á pesar de lo poco que costaba su recolección.

A los cuantos días tuvo un buen encuentro. Agil y hermoso, aunque mal cabalgando, iba por el camino del pueblo en la misma dirección que venía su bella aparición. De blanco vestido corto y gran sombrero de paja, bajo sus anchas alas descubrió la más picante morocha que viera desde que puso el pie en tierra. Al pasar la saludó. La paisanita sonrió. El pensó que por su varonil belleza, de que estaba bien pagado. Ella que de su maturrangería creía en tierra que hasta las mujeres parecen nacer de á caballo, en la patria de los mejores jinetes del mundo. Sin embargo, parecía flechada y él deslumbrado por tan apuesta amazona. Los contrastes se complementan.

Morena, baja, gruesa y apetitosa era la jineta paisanita; y alto, rubio, blanco, el maturrango irlandés. La siguió de lejos, acortando el paso hasta descubrir su paradero. A la mañana siguiente se presentó en la estancia ofreciéndose por sí para algo le necesitaban.

¡Y aquí te quiero ver, escopeta! «Aquí estoy porque he venido.» Un retobado paisano, viejo y solo, salió á recibirle. Con el capataz y dos peones y el muchacho de las mansas, sobrado personal había para la reducida estancia.

No hacía falta. Pero á la hija de su padre sí que le hacía.....

Desde el corredor donde tomaba mate de leche con canela y azúcar quemada, que en algo había de refinar sus gustos, le estuvo calando.

—Es irlandés y pastor; ¿por qué no lo toma para las merinas?—dijo la gauchita.—Dicen que los extranjeros las cuidan mejor.

—Yo creo que va á estar de haragán—replicó el padre,—pero si lo quieres.....

—Sí que lo retequiero—se dijo para sí con poco disimulo, traicionado por leve sonrojo.

El padre no sabía decir *no* á cuanto capricho tenía la tirana de la casa. Viejo solterón, se miraba, como en las niñas de sus ojos, en los de su morena hija sin madre.

—Quédese á prueba—le propuso.

No quería otra cosa la joven que ensayarlo.

Por supuesto, que el rubio no servía para nada. Sólo supo ser buen mozo. Pero, repetimos, los contrastes se complementan.

El era joven, lindo, pobre y perezoso.

Ella solterona, fea, rica y hacendosa.

.....

Al mes, dijo el viejo:

—Bien, hija, ya lo hemos probado. Tu protegido no sirve para maldita la cosa. La majada fina de merinas prosperaba más con el pastor criollo.

—Puede que no sirva todavía para mucho, pero como recién ha entrado..... Nadie nace sabiendo, es preciso enseñarle. Me hablas siempre que es bueno hacer obras de caridad. ¿Dónde va á ir este pobre hombre? No conoce á nadie en el pago.

—Bueno, hija; si es así, que siga un poco más.

Pero pasados tres meses sucedió lo mismo: que el buen mozo tiraba más al pecho que á la espalda, y más derrochaba que trabajaba.

Vuelta á quererlo despedir el patrón y á volver á defenderlo la patroncita. Para algo nacen los buenos mozos, por ejemplo: para no hacer nada en esta pícara tierra.

Y es lo que hacía el primo de Williams: mirar á su patroncita, y ésta siempre con mil pretextos de tenerle cerca y á sogá corta al lado de la ventana, donde hacía ella que cosía, pegándose por cada puntada tres pinchazos.

II

Pero á la tercera tentativa de expulsión ya no fué conato, sino formal propósito matrimonial. Maria no se cansaba de mirar al joven pastor, y aunque todavía por la cortedad natural de mujer sus labios nada decían, sus ojos ya habían dicho demasiado.

El irlandés este había concluido por acabar de dar balance mental al establecimiento. Aunque un poco rústica, convenía la chinita y, sobre todo, su patrimonio.

Pronto *espicharía* el viejo, que ya andaba tecleando, y entonces ¡ay!, ¡qué botas!; nunca está de más una mujer para lustrarlas.....

Así fué que cuando por tercera vez se intentó despedir al irlandés *come-papas*, que en té y ginebra gastaba él solo más que en los vicios y avíos de toda la peonada, como que no tenía pelos en la lengua, declaró la niña que lo quería para su uso particular.

—¿Esas tenemos?—contestó el padre.—Yo ya lo he probado y vemos que cada vez va para peor, y 'si poco sirvió al principio, menos sirve ahora.

—Yo no lo he probado, pero se me antoja bueno.

—¿Así, sin conocerlo?

—Mujeres hay que se mueren de viejas tras muchos años de matrimonio y cierran el ojo sin conocer qué pieza es su marido.

—¡Oh! ¿Cómo te quieres casar así no más con un peón que no tiene tras de qué caerse muerto?

—Padre, ¿y no me dice usted todos los días que trabaja sólo para mí, que cuanto tiene es mío, y que por complacerme se despepita? Pues no hay más; yo lo quiero para mí, y mi marido ha de ser.

—Pero ¿cómo?

—Comiendo; y dejémonos de peros, que á más feos veo se los comen á besos, y nadie se muere de empachos tales.

—Y vos vas á pedir la mano á tu novio; ¿y si te sale casado?

—¡Valiente chasco! Siempre salen con eso. ¿Por qué no ha de haber gringos buenos también? ¡Siempre con que han de ser casados en su tierra! Yo ya le averigüé y dijo que no. Y sobre todo, usted dice que en esta casa no se hace más que mi gusto. El me ha preguntado si lo quiero; yo le he dicho que sí, y al cura andando.....

—¡Demasiada cura necesitas! ¡No te creía tan grave!

—Mandando atar la jardinera, y yendo yo y él á pasar por la sacristía, que bien cercano está el pueblo; y en fin, usted no se va á llevar la plata al otro mundo. Aflojando la bolsa se pagan dispensas.

—Vaya, que esto marcha á vapor—se dijo el viejo.

—Sí, ya el tiempo de la pesada carreta tucumana ha pasado—contestó altiva la paisanita.

Y con un permiso que anticipadamente preveía, preparó por sus propias manos su canastillo, vistió de nuevo al novio, y en menos que canta el gallo, la única hija de uno de los más ricachos estancieros de Santa Fe cambió de nombre y de estado.

—Vaya con las naciones éstas, que han de venir á alzarse las más ricas hembras del pago—exclamó el alcalde; y corrillo de compadres, en la

pulpería, hicieron coro de maldiciones sobre quien se llevaba prenda tan codiciada.

.....

Como lo había pensado Williams, no tardó mucho en que su suegro hiciera el viaje de que no se vuelve.

En poco tiempo quedó dueño de su mujer, de su gran fortuna y de un nene. Aunque sietemesino, nacido de un susto, el muchacho salió de buenos sentimientos.

Su primo, compañero de viaje, vino á verle alguna vez, y como le dijera que acababa de hacer traer á sus padres, pobres, de Irlanda, él también, echándola de rumboso, quiso darse ese lujo.

Mandó unos pesos á Irlanda, y á vuelta de correo, enjuto y bien acondicionado, recibió á su viejo. Hacía falta capataz de confianza, un sueldo menos, pues él no era capaz de nada.

Con la venida de éste coincidió la muerte de su mujer. Fueran los disgustos que el buen mozo con sus perrerías le propinara, porque se lo miraban demasiado y había dado en acompañar á las carreras á la hija del juez de paz, ó que una fluxión de pecho mal cuidada abreviara camino de la tumba, el hecho es que casi á un tiempo se abrió ésta para su suegro y su mujer.

Quedaba desde entonces paseando bajo los anchos corredores que á los cuatro vientos rodeaban el rancho principal, padre, hijo y nieto, sirviendo el primero de ama seca al último, que ama mojada lo fué una cebra, por lo que sin duda saliera tan saltarín como su madre de cría.

Cada uno tiraba por su lado, concurriendo al derroche general peones y vecinos. Con tan desbarajustada administración, bien pronto vino la estancia barranco abajo, y á poco andar vendídose sus mejores haciendas, hipotecado el establecimiento, comídose lo mejor de su fortuna, ó más bien de la que saneadita dejó su mujer, quedando tecleando el inglesito en el último puesto de su propia estancia por todo alojamiento.

¡Cuán cierto es que en esta tierra cuesta más conservar que adquirir!

En parrandas y borracheras, riñas de gallos y también de mujeres, se evaporó la fortuna en un santiamén.

III

Pasaron algunos años desde la tarde aquélla del encuentro con la patroncita.

Una noche había empinado el codo más de lo regular, ó más propiamente, con la regularidad acostumbrada.

Todo le salía mal. Al recorrer el campo encontró muerta la mitad de la parición, en las pocas finas que restaban. A la lluvia sucedió una helada terrible, blanqueando todo el campo y quemando la tierna gramilla. Fué al corral, y las mansas habían sido bebidas, los terneros sueltos no dejaron gota de leche, y por consiguiente ni con qué hacer queso ni manteca. Siguió al palenque, donde estaba su caballo de confianza, y..... desaparecido. ¡Por San Patricio! ¡Llueven chuzas!

Era demasiado. Fué á carnear y se encontró á pie. No hallando colgado en la cocina más que un peludo, comió poco, pero bebió mucho, á punto que, en lugar de uno, tomó dos *peludos*.

Continuaba la lluvia y la prolongación de sobremesa hasta media noche en la perniquebrada, bajo el rancho, dentro del que goteaba como afuera. Alrededor de ella y de la única vela de baño sobre limeta de barro chorreando, sólo estaban Williams, su padre y su hijo. Más agriado que lo general su genio arisco é insoportable, gritaba al padre por cualquier palabra insignificante, y más si tímidamente y entre mil rodeos dábale á entender que podía traerle grave mal intemperancia, que ni él con ser viejo y necesitar fortificar su sangre empobrecida, se permitía abusar así de la bebida.

—¡Basta de sermones, canejo!, ¡que me emborracho con lo mío!—contestó malhumorado.—¡Ya me he bebido la estancia, y mientras quede la última cola de vaca no acabaré!

El padre no replicó; se levantó triste y fué á acostarse. El hijo se empujó el último vaso. Luego después se levantó también, y al tropezar sobre la cabeza de buey que le servía de asiento, cayó á lo largo cerca del hogar apagado, pero donde alguna brasa mal escondida bajo la blanca ceniza le llegó á quemar las manos.

Abuelo y nieto acudieron á levantarlo. Furioso echó un terno más grande que el rancho, y enfurecido por la caída y la reprensión, dijo con voz avinada:

—Ya no aguanto más. Esto es demasiado. No puedo mantener bocas inútiles. Mañana lo pondré en el palenque.

—Hijo, no me echés—dijo el anciano.—Ya estoy muy viejo. Débil y enfermo, antes de llegar al rancho más cercano habré muerto.

—Pues á morir lejos—gritó con crueldad el borracho.—¡Ah!, el campo es grande. Lo mismo se muere en cualquier parte. En ésta todo es igual. Se nace sobre una carona y se espicha bajo el ombú. Hay espacio para todos. Aquí nadie se muere de hambre. Ni á los bichos de la humedad falta alimento.

Trémulo y lacrimoso, dijo el viejo:

—¡No me arrojes de tu lado, hijo! Cuando vos eras así, chiquito, si te hubiera abandonado, habrías perecido. Así se enlazan los deberes en la vida. Sé humano.

—Grandecito está el niño para sermones. Ya estoy cansado de reprensiones y de que me digan borracho. Yo en mi casa hago lo que se me da la gana. Y lo repito, no mantengo bocas inútiles..... Jorge, mañana temprano ensilla la rosilla á padre y lo pones sobre el camino. Buen viaje y abur.

Dando traspies encaminóse al otro cuarto á dormir la mona, ó el peludo, ó la tranca, no sin antes tropezar en la que cerraba la puerta, cayendo por segunda vez sin que nadie lo levantara.

Así pasó toda la noche. Las palabras duras endurecen los corazones.

Un momento después el rancho quedó á oscuras.

.....
Llovía. En los intervalos de la tormenta oíase al niño que lloraba en silencio entre las sombras de su desabrigado lecho. El viejo temblaba en otro rincón. El padre roncaba.

Y silbador y tremendo pasaba el pampero furioso, desarraigando de cuajo añosos árboles y chozas. Noche toledana fué aquella para los atribulados habitantes de ese desierto.

No hubo más. Patricio era de un carácter fuerte, irreconciliable y vengativo. Lo que él mandaba se hacía, costara lo que costara.

.....
Apenas aclaraba. Las vacas mugían en el corral, y en las majadas triscaban los corderitos por retozar campo afuera, al balido de sus madres. La yegua estaba ensillada y el nieto ayudó á montar al abuelo todo temblando.

El niño lloroso de la noche antes aparecía de aire resuelto y continente severo. Acaso la crueldad del padre le contagiaba, agotando sus sentimientos de buen corazón. Nada contamina más prontamente que el mal ejemplo.

IV

Día nublado, gris, barroso, seguía lloviendo.

Por el arrugado semblante del anciano silenciosas lágrimas se deslizaban.

—¿Dónde voy?—exclamó.—Viejo, enfermo, pobre, abandonado en el desierto. ¡Por San Patricio! ¡Ah, buen hijo, quiera Dios no te encuentres en trance parecido! ¡Habrá angustia mayor!

Y como contestación vino á aumentar la insistencia del niño. Pególe un rebencazo á la yegua y ésta salió al paso, seguida por su cría.

—No, eso no—dijo el gauchito atajando al potrillo.—Mi padre ha dicho que le dé la yegua, pero no éste.

—Déjame, hijo, ¿de qué les sirve aquí? ¿Qué vale un potrillo? Se va á morir de hambre lejos de la madre.

—¡Cómo ha de ser! Nos moriremos todos de hambre. No tengo orden de dar más que una yegua—decía el niño gritando y acercándose al cuarto donde dormía el padre, para tomar el lazo colgado en la ventana y enlazar el potrillo.

—Déjame llevar, te pido por favor. Mira, á vos no te sirve de nada y á mí sí; tal vez pueda venderlo después y su producto prolongue un día la vida de tu pobre abuelo.

—¡Que no!

—¡Que sí!

—Nada. Ande; mi padre no me ha dicho que le dé sino la yegua.

—Por favor, déjame llevar el potrillo también.

—¡Largo!

—No, Jorge, espera.

Y en eso, medio soñoliento y vacilante apareció el padre, cayéndosele el chiripá:

—¿Qué es eso? ¿Qué gritos son estos que no me dejan dormir? ¿Qué hay?, ¿por qué alegas con padre?

—He cumplido sus órdenes. Mandó usted diera la yegua rosilla al abuelo, y como la cría le sigue, él quiere llevarla. Dice que la potranca huérfana va á morir.

—¿Y adónde vas á criarla? Déjase llevar no más; ¿para qué la quieres?

—No, eso sí que no—dijo el muchacho resueltamente.

—¿Y para qué quieres un potrillo huacho, si queda sin madre?

—¿Para qué? Porque lo necesitaré dentro de poco para que usted se vaya en él cuando tenga que echarlo por boca inútil, como me enseña de hacerse, y se largue en el hijo de la yegua en que ha echado á abuelito.

Alelados quedaron padre y abuelo con tal salida. El viento de la mañana le había refrescado, y enternecido entonces por la piedad de las palabras que, aun disimulando la mayor entereza, el nieto no pudo tartamudear sin lágrimas, dijo, pegándose fuerte palmada en la frente:

—¡Bruto de mí! ¿Que he mandado echar á mi padre?

Y abalanzándose al que trémulo y lloroso y tiritando estaba á caballo cerca del palenque, bajo la lluvia fría y menuda, todavía dando traspies,

fué á bajarlo; pero el pobre viejo, debilitado por el frío y la fiebre y las cavilaciones de toda la fría noche pasada en blanco, vencido por esa última emoción, cayó sin sentido entre el barrial, sin poder levantarse.

Mojado y febriciente le llevaron cerca del hogar, prendiendo fuego, á cuyo calor, ayudado con algunos tragos de ginebra, empezó reviviendo poco á poco.

La emoción se había prolongado demasiado, y al caer sin habla no llegó á extinguirse; pero súbita paralización, con setenta años de achaques y dolamas de todo género, vino á trabarle la lengua.

—¡Qué bruto soy!—repitió Williams.—Dios castiga sin palo. Verdad que bien puede repetirse en mí ejemplo tal. ¡Pobre padre! Sin duda anoche estuve algo bebido. Pero ya no le separaré de nosotros. Lo atenderé más. Aunque siempre delante los ojos tenga imagen permanente de terrible desgracia por mí provocada, la sufriré resignado, como fijo remordimiento de mi mal proceder. Pobre ó rico, lo atenderé hasta su último día con cuanto necesite.

Tarde era ya la contrición y el propósito de la enmienda. Su último día estaba allí, más cercano de lo sospechado. Acostóse al siguiente, pero no se levantó el anciano.

El sufrimiento concentrado, el frío y el dolor debilitando, así su físico como su moral, por doble quebranto le sobrevino la muerte.....

